

Axel Munthe.

Capítulos olvidados en “El libro de San Michele”

Un lector chileno, don Guillermo Reed, de Valparaíso, muy dado a la literatura inglesa, leyó en este idioma «El Libro de San Michele», publicado últimamente en castellano por una editorial de Santiago. El señor Reed advirtió que en la edición inglesa aparecen dos capítulos que están suprimidos en la castellana, que fué tomada de la francesa, en la cual faltan también. Se atribuye dicha omisión a la forma como Axel Munthe se refiere en dichos capítulos a Charcot, una de las glorias científicas de Francia. Como un complemento de la edición castellana y francesa de «El Libro de San Michele», damos la traducción de dichos capítulos, que nos ha sido facilitada por el señor Reed.

LA SALPETRIERE

Casi siempre asistía a las famosas «Lecciones de los Martes» que el profesor Charcot daba en la Salpêtrière. Su tema entonces era histeria mayor e hipnotismo. El enorme anfiteatro se llenaba con un auditorio pintoresco, salido de todas partes de París: autores, periodistas, actrices y actores principales, mujeres mundanas... todos revestidos de una curiosidad mórbida por presenciar los asombrosos fenómenos de hipnotismo, casi olvidados desde los días de Mesmer y Braid.

Fué durante una de estas conferencias cuando conocí a Guy de Maupassant. Era ya famoso por su «Boule de Suif» y su inolvidable «Maison Tellier». Solíamos conversar largamente de hipnotismo y toda clase de trastornos mentales. No se cansaba de averiguarme lo poco que yo podía saber de estos temas. También deseaba conocer todo lo concerniente a la locura. En esa época juntaba material para su libro terrible «Le Horla», un cuadro fiel de su propio futuro trágico. Aun llegó hasta acompañarme en una ocasión a visitar la clínica del profesor Bernheim en Nancy, que me hizo ver los errores de la Escuela de Charcot en lo que se refiere a hipnotismo. También fui su huésped a bordo del yate por un par de días. Recuerdo bien que todas las noches conversamos en el salón chico del «Bel Ami», fondeado fuera del puerto de Antibes. Temía a la muerte. Decía que ese pensamiento siniestro casi nunca abandonaba su mente. Se interesaba por conocer todos los diferentes venenos, su rapidez de actuar, y si eran o no muy dolorosos. Con especial insistencia me preguntaba sobre la muerte en alta mar. Le contesté que no la creía tan terrible si no se tenía salvavidas, pero que si por desgracia se poseía uno, el sufrimiento se alargaría en forma horrorosa. Lo veo hoy, con sus ojos sombríos y fijos en los salvavidas que colgaban de la puerta de la cabina, diciendo que los arrojaría por sobre la barandilla, la mañana siguiente. Le pregunté si pretendía hundirnos durante nuestra proyectada travesía a Córcega. Permaneció silencioso por un momento.

«No», dijo al fin. Después de todo prefería morir en los brazos de una mujer. Repuse que en la forma en que iba, tenía buenas probabilidades de ver cumplidos sus deseos. Mientras conversábamos despertó Yvonne; con palabras entrecortadas pidió otro vaso de Champagne, y nuevamente se durmió reposando la cabeza en sus rodillas. Era una corista de dieciocho años, acostumbrada a las viciosas caricias de viejos acaudalados en las orgías de la Gran Opera, que iba ahora paulatinamente a una des-

trucción total, a bordo del «Bel Ami», en la falda de su amante insaciable. Sabía yo que ningún salvavidas podría librarlo del naufragio, y que ella lo habría rechazado de habersele ofrecido. Se había entregado en cuerpo y alma a este macho voraz, que ansiaba únicamente su cuerpo. Yo no ignoraba cuál sería su destino. No era la primera muchacha que había visto dormida, la cabeza en sus rodillas. ¿Hasta qué punto era responsable de sus propios actos?, eso es cuestión aparte. El temor que mortificaba su cerebro fatigado, día y noche, ya se le notaba en los ojos. Desde entonces lo consideré un hombre desdichado. El veneno sutil de su propio «Boule de Suif» comenzaba a horadar su magnífico cerebro. ¿Lo sabía él? Pensé que sí. El manuscrito de su obra «Sur l'eau» yacía en la mesa entre nosotros. Acababa de leerme algunos capítulos. Su mejor producción. Sus obras maestras se sucedían con febril premura. Regalaba a su cerebro ya excitado con Champagne, éter y toda clase de drogas. Mujeres y más mujeres, en interminable procesión aceleraban su fin. Mujeres salidas de todos los suburbios, desde Faubourg St. Germain hasta los bulevares, actrices, coristas, costurerillas, sirvientitas, prostitutas vulgares... sus amigos le llamaban «le taureau triste». Se vanagloriaba mucho de sus éxitos; continuamente insinuaba que su fiel valet Francisco, dejaba entrar en sus departamentos de la Rue Clauzel, misteriosas damas de la alta sociedad. Primer signo del delirio de grandeza que lo cogía. A menudo subía apresuradamente los escalones de la Avenida de Villers, para dejarse caer en una silla arrinconada de mi consultorio y observarme en silencio con aquellos ojos dotados de una fijeza enfermiza que yo conocía bien. Solía pararse durante minutos enteros frente al espejo de la repisa de la chimenea, contemplando su propia imagen como si se tratara de un extraño. Un día me dijo que cuando estaba en su escritorio trabajando en su novela, se sorprendió mucho de ver a un extraño, que burlando la severa vigilancia de su valet, penetró en su estudio. El intruso se había ubicado frente a él, en su escritorio, y comenzó

a dictarle lo que debía escribir. Estaba a punto de tocar la campanilla para que viniera Francisco y lo hiciera salir, cuando descubrió con horror que el extraño era él mismo.

Dos días después nos encontrábamos en los bastidores de la Gran Opera contemplando a Mademoiselle Yvonne que bailaba un «pas de quatre» y sonreía de soslayo a su amante, cuya mirada ardiente no la abandonaba. Cenamos en el elegante departamento que Maupassant le había destinado últimamente. Al lavar ella el carmín de su rostro, me sorprendió su extrema palidez, mucho mayor que cuando la conocí a bordo del yate. Me contó que siempre absorbía éter antes de bailar, no había como el éter para levantar el ánimo, todas sus compañeras hacían lo mismo, aun el propio director del Cuerpo de Baile. (Efectivamente lo vi morir a consecuencia de esto, algunos años después en su villa de Capri). Maupassant se quejaba de que ella enflaquecía demasiado, y de que su incesante tos nocturna no lo dejaba dormir. Me pidió que la examinara. Había un serio trastorno en el vértice de uno de los pulmones. Le dije a Maupassant que le diera un reposo absoluto, y le aconsejé también que la enviara a pasar el invierno en Menton. Maupassant respondió que haría todo lo posible por ella, además que no le gustaban las mujeres delgadas... Ella rehusó rotundamente, dijo que prefería la muerte antes que abandonarlo. Esta decisión suya me acarreó muchas preocupaciones ese invierno, y también me trajo nuevas enfermas. Una por una, todas sus compañeras llegaban a la Avenida de Villiers a consultarme de hurtadillas, temerosas de que un informe del médico de la Opera, ocasionara una reducción de sus salarios a la mitad. Los bastidores del cuerpo de baile, eran un mundo nuevo para mí, mundo no exento de peligro para el visitante inexperto, porque al fin no era solo al altar de la diosa Terpsícore que estas jóvenes vestales quemaban incienso y traían guirnaldas de belleza. Afortunadamente su Terpsícore había sido arrojada de mi Olimpo, con las últimas melodías olvidadas de la «Chaconne» de Gluck, y el minuetto de Mozart. Lo

que queda hoy, es a mis ojos puramente acrobacia. No les sucedía otro tanto a los demás espectadores. Siempre pensaba con qué facilidad estos decrepitos don juanes perdían el equilibrio, observando a esas muchachas semidesnudas mantener el de ellas en las puntas de sus pies.

Yvonne tuvo su primera hemorragia y los trastornos serios comenzaron. Maupassant, como todos los autores que escriben de la muerte, no quería tenerla cerca. Yvonne bebía las botellas de aceite de hígado de bacalao por docenas, con el objeto de engordar. Sabía que a su amante no le gustaban las mujeres delgadas. Todo fué en vano. Muy pronto, de su juventud y hermosura sólo quedaron sus lindos ojos, brillosos de fiebre y de éter. El bolsillo de Maupassant permaneció abierto para ella, no así sus brazos que pronto se cerraron circundando el cuerpo de una de sus compañeras. Yvonne lanzó una botella con vitriolo a la cara de su rival, que por suerte casi esquivó el golpe. Libró con dos meses de prisión, gracias a la poderosa influencia de Maupassant, y a un certificado mío diciendo que no le quedaba mucha vida, a lo sumo un par de meses. Cuando salió de la cárcel no quiso volver a sus departamentos, haciendo caso omiso de las súplicas de Maupassant. Se perdió en la inmensa ciudad como un animal condenado a morir que busca un refugio para hacerlo.

Un mes después la encontré accidentalmente en una cama del Hospital San Lázaro, la última etapa en la Vía Crucis de todas estas mujeres caídas y perdidas de París. Le dije que avisaría a Maupassant, con la seguridad de que vendría inmediatamente a verla. Esa misma tarde fuí a su casa, no había tiempo que perder, estaba a la vista que no le quedaban muchos días de vida. El fiel Francisco ocupaba su puesto acostumbrado, como un Cerbero protegiendo a su amo contra toda intromisión. Le supliqué que me admitiera... Las órdenes eran estrictas, ningún visitante en ninguna circunstancia podría pasar. Era relacionado con la eterna historia de la dama misteriosa. Todo lo que pude hacer fué garabatear una nota hablándole de Yvonne. Francisco

prometi6 entregarla inmediatamente. Nunca supe si lleg6 a sus manos, espero que no, lo que es m6s probable, porque Francisco siempre trataba de librar a su querido se6or de los enredos con mujeres. Al d6a siguiente cuando volv6 a San L6zaro, Ivonne estaba muerta. La monja me cont6 que hab6a estado toda la ma6ana coloc6ndose carm6n, arregl6ndose el pelo, y hab6a pedido a una prostituta vieja de la cama vecina, un peque6o chai de seda rojo, 6ltimo vestigio de su pasado esplendor, para cubrir sus espaldas cansadas. Le hab6a dicho a la monja que esperaba la visita de su se6or. Esper6 ansiosamente todo el d6a. En la ma6ana la encontraron muerta en su cama, despu6s de haber bebido hasta la 6ltima gota su poci6n de cloral.

Dos meses m6s tarde vi a Guy de Maupassant en el jard6n de la Casa Blanca en Passy, el conocido asilo. Caminaba apoyado en el brazo de su fiel Francisco, lanzando piedrecillas en los alm6cigos con el gesto del «Sembrador» de Millet. «Mire, mire», dec6a, «si llueve brotar6n en la primavera como peque6os Maupassantcitos».

* * *

Para m6, que durante a6os he dedicado mi tiempo desocupado al estudio del hipnotismo, estas representaciones teatrales de La Salpetriere, ante el p6blico de todo Par6s, no eran sino una farsa absurda, una desesperada amalgama de verdad y enga6o. Indudablemente algunas de estas personas eran realmente son6mbulas que una vez despiertas, cumpl6an con fidelidad las 6rdenes recibidas durante el sue6o—sugestiones posthipn6ticas.—Muchas de ellas eran fraudes. Sab6an muy bien lo que ten6an que hacer, y les agradaba practicar en p6blico sus varias supercher6as, enga6ando a m6dicos y auditorio en general, con la astucia asombrosa de las hist6ricas. En todo momento dispuestas a hacer el cl6sico ataque de histeria de Charcot, «arcoiris» etc. o a exhibir sus famosas tres etapas del hipnotismo:

letargia, catalepsia y sonambulismo, invenciones todas del Maestro, casi nunca observadas fuera de La Salpetriere. Algunas acercaban a sus narices con placer una botella de amoníaco, si se les decía que era agua de rosas. Otras comerían carbón de leña creyendo que era chocolate. Otra se pondría a caminar con pies y manos, ladrando furiosamente, cuando se le decía que era perro. Imitaría el batir de alas con sus brazos, si se la transformaba en paloma. Levantaría sus polleras con un gesto de terror, cuando en el instante de arrojar un guante a sus pies se le sugería que era una culebra. Otra se pasearía, meciendo un tarro de pelo en sus brazos, y besándolo como si fuese su guagua. Hipnotizadas a diestra y siniestra, docenas de veces al día, por médicos y alumnos estas mujeres vivían en un estado de semitrance, sus cerebros bombardeados con un diluvio de absurdas sugerencias, semiinconscientes, por cierto no responsables de sus actos. terminaban tarde o temprano en la sala de las agitadas, o en un asilo de locos.

Al condenar estas representaciones de gala de los Martes en el anfiteatro, como no científicas e indignas de la Salpetriere, sería injusto no admitir que en las salas se trabajaba seriamente en la investigación de muchos fenómenos de hipnotismo todavía oscuros. El Jefe de Clínica me había autorizado en esa época para desarrollar interesantes experimentos de sugestión post-hipnótica, y de telepatía, con una de estas muchachas. Una de las mejores sonámbulas que he conocido.

Ya entonces me merecían serias dudas las teorías de Charcot, que aceptaban sin oposición y a ojos cerrados, sus alumnos y el público. Una especie de sugestión colectiva. Después de mi última visita a la Clínica del profesor Bernheim, en Nancy, me convertí en un sostenedor, tan modesto como resuelto, de la llamada Escuela de Nancy, antagónica a las enseñanzas de Charcot.

Era un crimen de lesa majestad en aquellos días, mencionar la Escuela de Nancy en la Salpetriere. El solo nombre del profesor Bernheim bastaba para enfurecer a Charcot. Uno de los

ayudantes que me odiaba cordialmente, mostró al Maestro un artículo mío, publicado en la Gaceta de los Hospitales, inspirado en mi última visita a Nancy...

Por varios días Charcot parecía ignorar mi presencia. Algún tiempo después, apareció en el «Figaro» un violento artículo firmado con el pseudónimo de Ignotus, uno de los principales periodistas de París, denunciando a estas demostraciones públicas de hipnotismo, como un espectáculo peligroso y ridículo, exento de valor científico, que no hacía honor al célebre maestro de la Salpêtrière. Yo estaba presente cuando este artículo fué mostrado a Charcot durante la visita de la mañana, es admirable como un articulillo pudo ponerlo tan enojado. Pienso que debía haber disimulado algo. Entre su alumnado había mucha envidia, yo era blanco de gran parte de ella. No se quién comenzó la murmuración, pero el resultado fué que yo aparecí culpable de haber suministrado a Ignotus los argumentos más contundentes. Charcot nunca me dijo nada sobre esto, pero desde aquel día su actitud fué otra. Entonces se produjo el golpe, uno de los más amargos que he recibido en mi vida. El destino me tendió una emboscada, lo demás lo hizo mi acostumbrada e impetuosa temeridad.

Un domingo, en los momentos en que abandonaba el Hospital, divisé una pareja de viejos campesinos, sentados en una banca debajo de los árboles, en el patio interior. Olían a campo, a hortalizas, a potreros y establos. Mi corazón rebozaba de alegría al mirarlos. Les pregunté de donde venían y qué necesitaban allí. El anciano, en su blusa azul y larga, llevó su mano a la boina; su mujer, vestida de blanco me sonrió con amabilidad.

Dijeron haber llegado esa misma mañana de su villa en Normandía, para visitar a su hija, que desde hacía dos años, desempeñaba en la Salpêtrière el puesto de «niña de la cocina». Era una ocupación muy buena, y le había sido dada por una de las monjas de su villa, que en la actualidad era subjefe de la cocina del hospital. Pero el trabajo era mucho en la granja, tenían

ahora tres vacas y seis cerdos, y querían llevarse a su hija porque era una niña vigorosa y sana, y ellos estaban poniéndose demasiado viejos para hacer todo el trabajo solos. Estaban fatigados porque el tren nocturno les había hecho sentir demasiado largo el viaje. Por eso estaban sentados en esa banca unos momentos. ¿Podría yo ser tan amable e indicarles dónde se hallaba la cocina? Les contesté que debían atravesar tres patios y caminar por interminables corredores, que sería mejor que yo mismo los condujera a la cocina y les ayudara a buscar su hija. ¡Sabe Dios cuántas niñas habría en esa cocina inmensa que preparaba comida para tres mil bocas! Nos dirigimos al pabellón de cocina.

La anciana no cesaba de contarme de sus plantaciones de manzanas, de las cosechas de papas, los chanchos, las vacas, el excelente queso que estaba fabricando. Sacó de su canasto un pequeño quesillo de crema que acababa de hacer para Genoveva, pero estaría feliz de que lo aceptara. Observé su rostro mientras me pasaba el quesillo. ¿Qué edad tenía Genoveva? Recién cumplía veinte años. ¿Era rubia y muy buenamoza? «Su padre dice que se parece a mí», contestó con sencillez la madre. El viejo asintió con la cabeza.

—¿Están ustedes seguros de que trabaja en la cocina?—le pregunté con un involuntario escalofrío, examinando de nuevo el rostro apergaminado de la mujer. Por toda respuesta el viejo buscó en el enorme bolsillo de su blusa y sacó la última carta de Genoveva. Durante años he estudiado caligrafía con verdadero interés, y esto me permitió reconocer inmediatamente la escritura de curvas curiosas e ingenuas, pero muy claras, que después de cientos de experiencias llegaba a ser automática, a veces bajo mi propia vigilancia. «Por aquí», les dije, guiándolos directamente a la sala santa Inés del servicio de las histéricas.

Genoveva estaba sentada en la mesa larga del centro. Sus piernas con medias de seda se balanceaban libremente. Tenía en sus faldas una copia de «Le Rire» con su propio retrato en la portada. Sentada a su lado estaba Lisette, otra de las primeras

actrices de la compañía. El peinado de Genoveva estaba hecho con coquetería, y adornado con una cinta azul. Perlas falsas pendían de su cuello, su rostro y sus labios pintados con carmín. Más que una enferma de hospital, por su aspecto parecía una costurerilla de paseo por los bulevares. Genoveva era la prima donna de las representaciones de los Martes, agasajada por todos, pagada de sí misma y de lo que la rodeaba. Los viejos campesinos contemplaban asombrados a su hija. Al principio Genoveva no aparentó reconocerlos, y los miró con indiferencia y aire de torpeza. Repentinamente su cara comenzó a retorcerse, y con un grito penetrante cayó al suelo cuan larga era, con violentos ataques convulsivos. Lisette la siguió con el clásico arco-iris (opistótono),. Obedeciendo a la ley de la imitación, otro par de histéricas comenzaron a figurar sus ataques desde la cama. Una, presa de una risa convulsiva, y la otra, anegada en llanto. Los ancianos, mudos de terror, fueron empujados fuera de la sala por las monjas. Los alcancé en las gradas de la escalera, y los llevé a sentarse en la banca bajo los árboles. El susto no les permitía ni llorar. No era fácil explicar la situación a estos pobres campesinos. Yo mismo no sabía cómo había llegado su hija desde la cocina hasta la sala de las histéricas.

Con la mayor suavidad les hablé para decirles que su hija estaría pronto bien otra vez. La vieja madre rompió a llorar, y en los ojos del padre había cierto indicio de malas intenciones. Insistí en que volvieran a su villa, prometiéndoles enviar su hija a la casa lo más pronto posible. El padre quería llevársela inmediatamente, pero la madre acudió en mi ayuda diciendo que era preferible dejarla hasta que sanara, confiaba en que su hija estaba en buenas manos. Después de repetir mi promesa de arreglar a la brevedad posible las formalidades necesarias con el profesor y el director del hospital, para enviarles a Genoveva a cargo de una enfermera, logré con dificultad que subieran a un coche y desaparecieran en dirección de la estación de Orleans, para alcanzar el próximo tren.

El recuerdo de estos dos viejos me tuvo despierto toda la noche. ¿Cómo iba a cumplir mi promesa? Yo era el menos indicado para hablarle a Charcot de la hija. Tampoco ignoraba que ella no querría jamás dejar la Salpêtrière para regresar por su voluntad al hogar humilde. Se me ocurrió una única solución, reemplazar su voluntad por la mía propia. Genoveva era una excelente sonámbula. Otros y yo, la habíamos enseñado a efectuar sugerencias posthipnóticas con la fatalidad de un peso muerto, con una puntualidad casi astronómica y amnesia (despierta ignoraba por completo las órdenes recibidas). Pedí permiso al Jefe de Clínica para continuar con Genoveva mis experimentaciones de telepatía, entonces la orden del día.

Personalmente estaba él muy interesado en este tema, me proporcionó su cabina durante una hora cada tarde, para que efectuase mis averiguaciones sin ser molestado. Me deseó buena suerte. Le mentí. El primer día dije a Genoveva durante un profundo estado hipnótico, que en lugar de ir al anfiteatro, permaneciera en cama el martes siguiente, que aborreciera la vida de la Salpêtrière, y ansiara volver a sus padres. Por una semana repetí diariamente estas sugerencias, sin ningún resultado visible. La semana siguiente estuvo ausente y se le echó de menos el martes en el anfiteatro. Se me dijo que estaba resfriada y guardaba cama. Dos días después la vi con un itinerario de ferrocarriles en sus manos; en cuanto me vió, lo escondió en su bolsillo. Un excelente signo que me hacía fiar de su amnesia. No mucho después se le sugirió que fuera a Bon Marché el próximo jueves—su día de salida—y comprara un sombrero nuevo. Presencí como, orgullosa, lo mostraba a Lisette la mañana siguiente. Dos días más tarde se le ordenó que abandonara la sala santa Inés a las doce del otro día, mientras las monjas estuvieran preocupadas distribuyendo la comida; que atravesara la caseta del portero cuando éste estuviera almorzando, subiera en un coche y se dirigiera inmediatamente a la Avenida de Villiers... Al volver de mis consultas la encontré sentada en mi sala de espera.

Le pregunté en qué podía servirla, parecía turbada y murmuró algo de ver los perros y el mono de que yo le había hablado. Rosalía la atendió en el comedor con una taza de café, y la hizo volver al hospital en coche. «Es una hermosa niña—dijo Rosalía llevándose un dedo a la frente—pero creo que tiene una araña en la azotea, me dice que no sabe por qué ha venido».

El éxito de este experimento preliminar y mi acostumbrada impetuosidad, me hicieron decidirme a realizar mis planes inmediatamente. A Genoveva se le ordenó volver a la Avenida de Villiers, con las idénticas precauciones y a la misma hora, dos días después. Era lunes. Había invitado a Norstrom a almorzar, lo necesitaba como testigo en caso de complicaciones imprevistas. Le conté mi plan; me hizo ver las desastrosas consecuencias que podría acarrearle aún en el caso de que tuviera éxito. El estaba seguro de que ella no vendría.

—Suponte que le haya contado a alguien—dijo Norstrom.

—No puede contar lo que ella misma ignora. No sabrá que debe venir a la Avenida de Villiers hasta que el reloj dé las doce.

—¿Pero no sería posible que lo dijera cuando está hipnotizada?—insistió.

—Hay sólo un hombre que podría hacerla hablar, y ese es Charcot. Pero como no le presta mucha atención, excepto en las conferencias de los martes, he eliminado también esa posibilidad. Agregué que era muy tarde ya para discutir, que estaba seguro de que ella ya había abandonado el hospital, y antes de media hora estaría con nosotros. El antiguo reloj del vestíbulo dió la campanada de un cuarto para la una. Se me antojó que caminaba demasiado rápido. Por primera vez sus voces roncas irritaron mi oído.

—Ojalá te dejaras de todos estos disparates de hipnotismo—dijo Norstrom encendiendo un cigarro puro. Te tiene obsesionado, vas a volverte loco, si es que ya no lo estás. No creo en el hipnotismo. He tratado, pero nunca he logrado hipnotizar a nadie.

—Tampoco yo creería en el hipnotismo si tu lo hubieras logrado—contesté secamente. El timbre de la puerta de calle me hizo saltar de mi silla... Era Miss Anderssen, la enfermera que debía venir a la una para volver con Genoveva a su casa. Debía tomar el expreso nocturno a Normandía con ella y una carta mía dirigida al párroco de la villa, explicándole la situación y rogándole que evitara por todos los medios posibles, la vuelta de Genoveva a París. Regresé al comedor, y malhumorado comencé a fumar cigarrillo tras cigarrillo.

—¿Qué dirá la enfermera de todo esto?—dijo Norstrom.

—No tiene nada que decir—es inglesa, me conoce bien, y tiene absoluta confianza en mí».

—Ojalá yo tuviera esa confianza—refunfuñó Norstrom, echando una bocanada de humo.

El pequeño reloj Cromwell de la chimenea dió la una y media, confirmando esta hora seis relojes de distintas partes de la casa.

Fracaso, dijo flemáticamente Norstrom. Y tanto mejor para todos, estoy contentísimo de no verme enredado en esta cuestión.

* * *

Esa noche tampoco dormí; ahora era Genoveva y no sus padres, la que provocaba mis desvelos. Había tenido tan mala suerte desde hacía tiempo, que mis nervios no estaban preparados para soportar un fracaso. ¿Qué había sucedido? Me sentí enfermo y trémulo al entrar en el anfiteatro de la Salpetriere a la mañana siguiente. Charcot ya había comenzado su conferencia de los martes sobre hipnotismo. Genoveva no estaba en la plataforma en su sitio acostumbrado. Me escabullí para subir a la sala de los guardias. Uno de los internos me dijo que el día anterior, mientras almorzaba fué llamado a la sala Santa Inés donde encontró a Genoveva en un estado de coma cataléptico,

interrumpido por el más violento ataque de convulsiones que él jamás había visto. Una de las monjas la había sorprendido cerca del hospital, media hora antes, en los momentos en que se subía en un coche. Parecía tan agitada que la monja hubo de conducirla con gran dificultad a la portería, para subirla a la Sala Santa Inés. Toda la noche había luchado desesperadamente, como un animal salvaje que trata de escapar de su jaula. Se vieron obligados a colocarle la camisa de fuerza.

Ahora estaba encerrada en una pieza separada, con una fuerte dosis de bromuro, y una bolsa de agua fría en la cabeza. Nadie entendía la causa de este cambio repentino. Charcot la había visitado, y después de mucho trabajo, logró hacerla dormir. A esta altura de la conversación entró el Jefe de Clínica, que me había estado buscando por todo el Hospital. Charcot deseaba hablarme, él debía conducirme a su oficina tan pronto terminara la lección del anfiteatro. No me dirigió la palabra mientras atravesamos los laboratorios vecinos. Golpeó, y por última vez en mi vida fui admitido al pequeño santuario del Maestro. Charcot estaba sentado en su mesa de siempre, inclinado sobre el microscopio. Alzó su cabeza para clavarme la mirada terrible. Hablando pausadamente, con su voz profunda que temblaba de indignación, me dijo que yo había tratado de llevar a mi casa una enferma de su hospital, una joven desequilibrada semiconsciente de sus actos. Según su propia confesión ya había estado en mi casa una vez. Mi plan diabólico de abusar de ella nuevamente, había fracasado por una casualidad. Era una ofensa criminal, debía entregarme a la policía, pero por el honor de la profesión y la cinta roja de mi ojal, se limitaría a expulsarme del Hospital y no deseaba verme nunca más.

Me sentí tocado por un rayo, la lengua pegada al paladar, no pude articular palabra. Pero apenas me di cuenta de su abominable acusación, el temor me abandonó. Contesté que era él y sus adeptos, quienes habían arruinado a esta niña, no yo; que había llegado al hospital una campesina joven, fuerte y

sana, y saldría de ahí loca, si permanecía más tiempo. Yo había seguido el único camino posible para hacerla volver a sus padres. No logré rescatarla y lo sentía.

¡Assez Monsieur! Suficiente, señor!, gritó. Se dirigió al Jefe de Clínica, le dijo que me acompañara a la portería, con órdenes de no admitirme más en el hospital, y que si yo insistía, y su autoridad no era bastante para excluirme de su clínica, diera aviso a la asistencia pública.

Se levantó de su silla y salió de la pieza con paso tardo y pesado.

HIPNOTISMO

La famosa plataforma de la Salpetriere que causó mi desgracia, desde hace tiempo es condenada por todo estudioso serio de los fenómenos hipnóticos. Las teorías de Charcot, que subrayadas por el peso de su autoridad, fueron impuestas a toda una generación de médicos, han caído en descrédito después de haber retardado veinte años el estudio verdadero de la naturaleza de estos fenómenos. La mayoría de las teorías de Charcot sobre hipnotismo han resultado erradas. No es el hipnotismo lo que decía él, una neurosis artificial inducida, que se presenta en los histéricos, hipersensitivos, débiles mentales y desequilibrados. Todo lo contrario. Los sujetos histéricos son menos fácilmente hipnotizables, que las personas con una mentalidad normal. Generalmente. Las personas inteligentes, vehementes y dominadoras, se hipnotizan con más facilidad que los torpes, estúpidos, superficiales y de una mentalidad débil. La mayor parte de los idiotas y lunáticos, son refractarios a la influencia hipnótica. La gente que dice no creer en el hipnotismo, se ríen de uno y se sienten seguros de no ser hipnotizados, por regla general se les hace dormir con la mayor facilidad. Todos los niños pueden ser hipnotizados sin dificultad. El sueño hipnótico no puede producirse únicamente por medios mecánicos. Son

absurdos la bola de cristal que brilla, los espejos giratorios (parecidos a los que se usan para cazar pájaros), los magnetos, la mirada fija en los ojos del sujeto, las clásicas condiciones de Mesmer, usados en la Salpetriere y en la Charité. El valor terapéutico del hipnotismo en medicina y cirugía, no es despreciable, como Charcot lo dijo. Al contrario, es inmenso, puesto al servicio de médicos competentes, con ideas claras y manos limpias, bien dotados de la técnica. Las estadísticas en miles de casos, nos da la razón sin lugar a dudas.

En lo que se refiere a mí, que no he sido lo que se llama un «hipnotizador», sino un neurólogo que se ha visto en la necesidad de usar esta arma, cuando otros medios han fallado, he logrado muchas veces resultados maravillosos, con este método todavía obscuro de curar. Varios tipos de trastornos mentales, con o sin pérdida de la voluntad, alcoholismo, morfomanía, cocainomanía, ninfomanía, pueden sanar con este método. La inversión sexual es más difícil de tratar. Muchas veces, si no las más, no puede considerársele como una enfermedad, es una desviación del instinto sexual. En estos individuos una intervención es a menudo más perniciosa que beneficiosa. Las leyes no debían tal vez ser tan severas... pero este es un asunto demasiado complicado, que no deseo discutir aquí. Lo que hay de verdad es que las leyes actuales son poco comprensivas, y desconocen la incómoda situación de mucha gente. No son criminales, sino víctimas de un olvido momentáneo de la Madre Naturaleza, tal vez en el momento de nacer, o quien sabe si durante la concepción. ¿Cuál es la explicación de este enorme aumento de invertidos sexuales? ¿Será que la naturaleza quiere vengarse de la mujer masculinizada de hoy día, dándole un hijo afeminado a sus cadēras estrechas y pechos aplanados? ¿O asistimos a una nueva fase de la evolución, que junta gradualmente a dos animales distintos, en un nuevo ejemplar hasta ahora desconocido, último sobreviviente de una raza condenada en un planeta ya

caduco, el eslabón perdido entre el «Homo sapiens» actual y el misterioso «superhombre» del mañana?

Todos reconocen ahora el enorme beneficio derivado de la anestesia hipnótica en operaciones quirúrgicas y partos. Aun más notable es este efecto benéfico, en la más dolorosa de todas las operaciones, la muerte, que por lo general, hay que afrontarla sin anestesia. Lo que me correspondió hacer por muchos de nuestros soldados moribundos durante la última guerra, es bastante para hacerme dar gracias a Dios, por haber puesto en mis manos este poderoso medio. En el otoño de 1915, estuve dos inolvidables días con sus respectivas noches, entre doscientos soldados agonizantes, amontonados debajo de sus casacas ensangrentadas, en el suelo de una iglesia de una aldea francesa. No había morfina ni cloroformo, ni ningún anestésico para aliviarles la tortura y acortarles la agonía. Muchos murieron delante de mis ojos, insensibles y tranquilos, a veces hasta con una sonrisa en sus labios, y mi mano apoyada en sus frentes, repitiéndoles pausadamente palabras de esperanza y consuelo... hasta que gradualmente el temor de morir los abandonaba.

¿Qué era esta fuerza misteriosa que aparecía brotar de mi mano? ¿De dónde provenía? ¿Sería un murmullo insensible de mi inconsciente, que mi «Yo» despierto no podía escuchar? ¿O sería al fin, la misteriosa «fuerza odílica», el flúido magnético de los antiguos mesmeristas? Naturalmente la ciencia moderna ha barrido con este flúido magnético, y lo ha reemplazado por una docena de teorías más o menos ingeniosas. Las conozco todas, ninguna me satisface hasta ahora. La sugestión por sí sola, a pesar de ser la clave de las teorías de hipnotismo aceptadas universalmente, no puede explicar todos estos asombrosos fenómenos. La palabra «sugestión», como la usa la Escuela de Nancy, su principal pedestal, se diferencia solamente por su ortografía, de la ridiculizada fuerza odílica de Mesner. Tenemos que admitir que el milagro no es efectuado por el operador, sino que se debe a la subconsciencia del sujeto. ¿Pero cómo nos explicaremos

que un operador tenga éxito donde otro falle? ¿por qué la sugestión de un operador retumba como voz de mando en los talleres subterráneos de la mente del sujeto, y hace transformarse en acción sus fuerzas ocultas; mientras que esta misma sugestión hecha por distinto operador, es interceptada por la conciencia del sujeto, y queda sin efecto? Yo, más que nadie, deseo saberlo, porque desde mi infancia me he dado cuenta de que poseía este poder, como quieran llamarlo, en un grado excepcional. La mayoría de mis pacientes, viejos y jóvenes, mujeres y hombres, se daban cuenta de esto, tarde o temprano, y a menudo me hablaban de ello. Mis colegas en el hospital lo sabían, Charcot lo sabía y lo utilizó muchas veces. El famoso alienista del Asilo Sta. Ana, doctor Volsin solía pedirme ayuda en sus esfuerzos desesperados por hipnotizar a algunos de sus lunáticos. Trabajábamos durante muchas horas con estos pobres lunáticos iracundos, dentro de sus camisas de fuerza, imposibilitados de todo, menos de escupir nuestros rostros, como lo hicieron. Casi siempre el resultado de nuestros esfuerzos, en estos casos era negativo, aunque a veces logré calmar a algunos, que el mismo profesor a pesar de su maravillosa paciencia, había abandonado.

Todos los cuidadores en el Jardín Zoológico y Ménagerie Pezon, lo sabían. Era costumbre mía poner a sus culebras, lagartos, tortugas, loros, lechuzas y leopardos, en un estado letárgico similar a la primera fase hipnótica de Charcot, a menudo logré hacerles dormir profundamente. Me parece haber mencionado cómo abrí un absceso y extraje una astilla de la pata de Léonie, la magnífica leona de la Ménagerie Pezon. No puede explicarse sino como un caso de anestesia local bajo débil hipnosis. Los monos, no obstante su agilidad, son fácilmente hipnotizables, gracias a su gran inteligencia e impresionable sistema nervioso. El encantamiento de serpientes es naturalmente un fenómeno hipnótico. Yo mismo he puesto en un estado de catalepsia a una cobra en el templo de Karnak. Sospecho que la domadura de elefantes salvajes, está también relacionada con la influencia hipnótica.

La forma en que una vez oí a un mahout hablar durante horas a uno de los elefantes del Zoo, que estaba inquieto, se parecía mucho a la sugestión hipnótica. La mayoría de los pájaros son fácilmente hipnotizables, todos saben como se hace con las gallinas.

Parece que todos los animales, domesticados y salvajes, entendieran el significado de aquellas palabras repetidas despacio, y monótonamente. ¿Qué no daría yo para comprender lo que ellos me dicen? Sin embargo, es evidente que aquí no se puede hablar de sugestión mental. Tiene que haber otra fuerza actuando. De nuevo pregunto en vano ¿qué es esta fuerza?

Entre los enfermos entregados a Norstrom durante mi ausencia en Suecia, había un caso malo de morfínomanía, casi sanado por sugestión hipnótica. En mi deseo de no interrumpir este tratamiento, exigí a Norstrom que asistiera a la última sesión. El decía que era muy fácil, y a la enferma parecía agradaarle su persona. A mi regreso a París me cercioré de que ella había vuelto a sus antiguos hábitos; mi colega no había logrado hipnotizarla. Quise que ella me explicara la razón de este fracaso. No pudo hacerlo, ella no lo entendía tampoco, lo sentía mucho, habían hecho lo posible, y simpatizaba mucho con el doctor Norstrom, pero...

Charcot me envió una vez a un joven diplomático extranjero, un caso serio de inversión sexual. Tanto el profesor Kraft-Ebing, famoso especialista vienés, y Charcot, habían sido incapaces de hipnotizar a este hombre. El enfermo ansiaba ser sanado, vivía en un constante temor del «chantage», y este fracaso repetido lo hacía desesperar. Dijo que estaba convencido de que era su única salvación, tenía la seguridad de que estaría bien si pudieran hacerlo dormir.

—Pero usted está dormido—le dije, apenas rozándole la frente con la puntas de mis dedos, sin pases, ni mirarlo en los ojos, ni sugestión. Apenas pronuncié estas palabras, sus párpados se juntaron con un suave temblor, y en menos de un minuto

estaba en un profundo sueño hipnótico. Al principio había esperanzas, un mes más tarde regresó a su país confiando en el futuro, tal vez más de lo que yo confiaba. Dijo que se declararía a una niña que había conocido últimamente, quería casarse y tener hijos. Lo perdí de vista. Un año después oí por casualidad que se había suicidado. Si este hombre desgraciado hubiese venido a consultarme años más tarde, cuando he adquirido más conocimientos sobre inversión sexual, jamás habría yo intentado la tarea inútil de salvarlo.

* * *

Rara vez encontré fuera de La Salpêtrière, las famosas tres etapas de hipnosis de Charcot, exhibidas con tanto aparato escénico en las lecciones de los martes. Eran todas invenciones suyas, injertadas en sujetos histéricos, y aceptadas por sus alumnos gracias a la fuerte sugestión del Maestro. La misma afirmación vale para su tema favorito, «su» histeria mayor, hoy casi desaparecida, que entonces ocupaba toda la Salpêtrière. El hecho que todos estos experimentos de hipnotismo se practicaban en sujetos histéricos, es lo único que explica su inhabilidad para comprender la verdadera naturaleza de estos fenómenos. Si fuera correcto lo que dice la escuela de la Salpêtrière, de que sólo los sujetos histéricos son hipnotizables, equivaldría a decir que el 85% de la humanidad sufre de histeria.

Pero en un punto Charcot tenía razón, pese a la Escuela de Nancy, Forel Moll y otros. Los experimentos de hipnotismo tienen cierto peligro para el sujeto y para los espectadores. Personalmente soy de la opinión, que estas representaciones públicas de fenómenos hipnóticos, deberían ser prohibidas por la ley. Los especialistas en trastornos mentales y nerviosos, necesitan del hipnotismo, como un cirujano del éter y cloroformo. Basta recordar que miles y miles de casos desesperados de neurosis traumáticas durante la última guerra, sanaron como por encanto

con este método, el tratamiento hipnótico no necesita en la mayoría de los casos, sueño hipnótico con abolición de la voluntad. Un operador que conozca la técnica complicada y entienda algo de psicología, ambas contribuyen al éxito, obtendrá resultados maravillosos con lo que se llama sugestión al estado de vigilia. La Escuela de Nancy dice que el sueño hipnótico y el sueño natural son idénticos. No es verdad. Como todavía no sabemos lo que es el sueño hipnótico, haríamos bien en abstenernos de inculcarlo a nuestros enfermos, excepto en los casos de absoluta necesidad. Dicho esto, debo agregar que muchas de las acusaciones en contra del hipnotismo son burdamente exageradas. Hasta ahora no conozco ninguna prueba auténtica de un acto criminal cometido por un sujeto bajo sugestión posthipnótica. Nunca he visto a un sujeto realizar una sugestión hecha bajo hipnosis, que el o ella no realizaría en un estado normal despierto. Afirmo que si un canalla sugiriera a una mujer que se entregara a él, en un estado hipnótico, y ella lo hace, significa que lo mismo lo haría si se lo hubiera pedido despierta. No existe la obediencia ciega. El sujeto sabe bien lo que acepta o lo que rechaza, y todo lo que está sucediendo.

Camille, la famosa sonámbula del profesor Liegeois, de Nancy, que permanecería impassible e indiferente ante una clavada de alfiler en su brazo, o ante un carbón encendido puesto en su mano, se ponía roja de vergüenza cuando el profesor hacía ademán de desarreglarle la ropa, y despertaba inmediatamente. Esta es una de las muchas contradicciones familiares para los estudiantes de los fenómenos hipnóticos, y muy difíciles de entender para los que están al margen de esto.

No deben olvidarse los alarmistas, de que una persona no puede ser hipnotizada sin su propio deseo. Naturalmente es un disparate todo lo que se dice de personas hipnotizadas a la distancia y sin darse cuenta de ello. También lo relacionado con el psico-análisis.